

La prensa en el aula, ¿interesa?

Amelia Almau

Maestra y periodista

Corresponsal en Aragón de la revista *CUADERNOS DE PEDAGOGÍA*

El profesor de Ciudadanía de mi hijo de 11 años no somete a sus alumnos a un examen al uso. A principios de curso les dijo algo así como que "bastaba con que cada día escribiesen el resumen de una noticia que les hubiera llamado la atención" además de mantener un buen comportamiento en clase y participar en los debates que se suscitan y, que en muchos casos -por lo que me cuenta-, están pegados a la actualidad. Buena noticia pensé. Un profe que sigue concediendo a la prensa un lugar en clase. Sin embargo, la realidad me devolvió al pesimismo. Pese a que en casa la presencia de periódicos ha sido tan cotidiana como la del televisor, a mi hijo le cuesta (y mucho) acordarse de la selección de la noticia y no digamos encontrar el momento de redactar el breve resumen que le exige la asignatura. Una queja que escucho a menudo en boca de madres de sus compañeros: "¡Qué rollo esto de las noticias! Tener que estar pendientes todo el día, cada día. No se sabe qué poner". No se me había ocurrido porque yo, que además soy una radioyente adictiva, me encuentro con decenas de noticias merecedoras de comentar con mi hijo.

El profesor excluyó dos ámbitos: sucesos y deportes. Supongo que el segundo para evitar que los niños tiendan a pensar que solo existe la prensa deportiva (como me cuentan algunos profesores de Secundaria que les ocurre a sus alumnos) y el segundo quizás para que el cuaderno de clase no deje un rastro de sangre en el pupitre. Pero esto ha supuesto un problema: ¿qué es y qué no un suceso? ¿Es un suceso que el tranvía atropelle a un peatón? Claramente. ¿Es un suceso que dos radicales islamistas descarguen sus balas y su ira sobre redactores y directivos de "Charlie Hebdo"? La respuesta ya no está tan clara. Es un suceso, como lo es todo lo que acontece; y además el resultado es fatídico como la noticia de la persona mortalmente atropellada. Pero obviamente es mucho más (como, por cierto, trataron en clase).

A la cuestión de fondo se suma la dificultad de la forma. Ya apenas ningún periódico cuenta con una sección de sucesos, sino que estos se salpican por las secciones según donde tengan lugar. "Pero, ¿qué son las secciones?" -preguntó para mi espanto mi hijo al principio de su reto-.

Traigo a colación este hecho personal para justificar mi pesimismo sobre el uso de la prensa en las aulas. Ya no es algo habitual que los periódicos se cuelen en clase. Más bien, o al menos es la percepción que yo tengo, es anecdótica su presencia. Y cuando lo hacen, quizás no

siempre es en las mejores condiciones, aunque... ¡bienvenidos sean!

No me considero capacitada para realizar una argumentación doctoral sobre por qué los periódicos se han ido alejando de las escuelas. Pero si me arriesgaré a compartir cuáles son algunas de las razones que justifican este divorcio. Y, como en tantas otras cuestiones, son varias e interrelacionadas.

Es un hecho que en nuestro país se está produciendo un descenso progresivo de lectores de prensa. La gente lee menos periódicos y supongo que los maestros y profesores no son ajenos a esta tendencia. Puedo asumir pues que el colectivo docente lee menos el periódico. Si no lee el profesor, ¿cómo hará para que lea el alumno? Si a esto añadimos que, sucesivamente, el relacionado con los medios de comunicación es un contenido que pierde peso en el currículo y que los programas para incentivar la prensa en la escuela han ido perdiendo gas o simplemente desapareciendo, no corren buenos tiempos para el rock and roll. Quizás sencillamente no interese que la ciudadanía esté informada, formada y tenga opiniones fundadas.

Tal vez no sea un problema de lectura sino de formato. Frente a la pérdida de lectores de los periódicos se encuentran en auge otros formatos. Soportes más modernos, más actuales y ágiles, que están sustituyendo a la prensa escrita como fuente de información general. El simple trasvase del contenido de papel a internet tampoco parece ser la solución. O al menos los datos, sobre todo económicos, no lo avalan como tal.

Es una realidad que la inmediatez que aportan algunas redes sociales se impone sobre cualquier otra cuestión. Esto justifica el auge de Twitter o incluso Instagram, que se han convertido en transmisores de los hechos al segundo.

Ahora bien, ¿es suficiente con conocer la noticia? O más concretamente, ¿un micro-resumen de la noticia? Y aquí la cuestión trasciende a los formatos. Ya no se trata de un asunto de forma sino que lo es de fondo. Parece cierto que el hecho de leer textos hiperbreves conlleva la pérdida de la costumbre de leer (e interpretar) otros más largos. Necesariamente más largos, diría yo. Porque no hemos de olvidar que junto al de informar, la prensa tiene otros dos papeles fundamentales: formar y opinar. O dicho de otra manera: contribuir a la formación de opiniones. Un ejercicio intelectual que precisa de tiempo y preparación.

Un tiempo que cada día es más escaso porque las 'obligaciones' diarias aumentan, y no me refiero solo a la ingente documentación que debe echarse el profesor cada día. ¿Cuánto tiempo dedicamos a revisar, leer y contestar correos electrónicos? ¿Cuánto nos roban los mensajes de Whatsapp, revisar nuestro muro de Facebook...? ¿Cuánto empleamos en ver lo que se cuece en Twitter? Todo estos actos tienen en común la lectura (y muchos de ellos la información). Sin embargo, se trata de lectura rápida, poco profunda. Muchos de los usuarios de las citadas redes sociales lo serán seguramente de prensa digital. Por costumbre o por facilidad de acceso, se informan a través de internet. Pero, no nos engañemos, la lectura en pantalla -pese a que se incrementa la cultura digital- no alcanza los mismos niveles de profundidad. Basta con echar un vistazo al formato de la prensa digital: portadas con muchas y pequeñas ventanas para dar, en un solo vistazo, el máximo número de noticias que muchas veces se resumen en un titular y un subtítulo. Linkar sobre ellas para acceder al cuerpo de texto supone cambiar de nivel, un esfuerzo que no siempre se materializa. Las 'home' se completan con pestañas que incluyen otras muchas cosas: curiosidades variopintas, galerías de imágenes, ofertas de servicios (lo mismo te llevan de viaje que te enseñan a cocinar), videos y contenidos interactivos y anuncios que, no lo olvidemos, son el motor económico del diario. No es necesario entender demasiado del tema para saber que si la portada ocupa más de dos pantallas, raramente el lector llegará a la tercera. Conclusión: ha cambiado la forma de leer noticias. Los textos cada vez se acortan más, se fragmentan más y han de ir acompañados de imágenes que llamen la atención. ¿Hasta dónde? ¿Dónde está el límite de dar la información como si fueran píldoras que hay que tragar? Y, ¿cuál es la consecuencia de todo esto?

"Cada día les resulta más difícil leer en columnas".

"No se paran en las páginas cuyas fotos están en blanco y negro, ya no te digo cuando no hay foto". "No van más allá de los titulares". Estas afirmaciones proceden de una profesora de Secundaria de un instituto zaragozano. Pertenece al escaso colectivo que aún trabaja con los periódicos en sus clases desde 1º hasta 4º de la ESO. Reflejan bastante bien la situación que se vive en las aulas. Me guardo para el final otra de sus reflexiones: "la prensa les es ajena". Triste realidad.

Resulta paradójico que, en un mundo en que la información y el acceso a la misma se han incrementado exponencialmente, la prensa pierde lectores a diario. Algo tendrán que hacer los periódicos si quieren sobrevivir. Y no seré yo quien les recuerde que, como en tantas otras cuestiones,

hay que empezar por abajo, por los más jóvenes. Si consigues captar su atención, será más fácil desarrollar la costumbre y conseguir que sean lectores de periódicos. Y no basta con seguir la inercia de realizar suplementos supuestamente destinados a ellos. Ni con llevarlos al centro una vez a la semana sin ni siquiera saber si salen del paquete de envío.

Pero como los periódicos llegar llegan, aprovechémoslos. En clase de Lengua, en la de Mates o de Conocimiento del Medio; en Ciudadanía, para Tutoría, en Tecnología... Las posibilidades siguen siendo casi infinitas, los objetivos a cubrir casi también. El periódico (me ciño al papel) permite trabajar las destrezas manuales: recortar con tijera o con los dedos, pintar, rodear... Trabajar con las palabras: caligramas, disociación de titulares, cadáveres exquisitos, desentrañar selvas de palabras seleccionando categorías (sustantivos, verbos, adjetivos...) e inventar otras nuevas a partir de las que quedan, formar rimas... Activar las ideas: inventando una noticia que respondan a titulares creados al mezclar otros o viceversa; analizando las tiras cómicas (el artículo de opinión que más les llegará), jugando a qué leo-qué veo y qué pienso de ello... Enredarse con los números que de mil maneras forman parte de los diarios: ordinales, cardinales, en tablas, como porcentajes...

Actividades todas ellas que pueden trascender y pasar de ser solo vehículos de aprendizaje de contenidos para derivar en generar hábitos lectores. Actividades que contribuyan a crear lectores de prensa, jóvenes capaces de leer, entender, analizar y cuestionar una información (independientemente del formato en que se encuentre); de generar opiniones propias fundamentadas. Verdaderos ciudadanos con criterios propios. Básicamente, lo que siempre han perseguido los programas de introducción de la prensa en el aula. Y lo que debería conseguir el sistema educativo de un país desarrollado.

